

III

Peo el tumulto crece, se extiende de parte a parte de la ciudad, suena ya al pie del Palacio real, embravecido, delirante.

Un minuto más y arderán las puertas, subirá la turba, hallará a Alca-dir en medio de su harén, cautivará a sus mujeres y saqueará sus joyas. Es necesario poner a salvo a unas y a otras y huir. El débil corazón de Alca-dir desfallece ahora. Y titubeando, temblando, se viste las ropas de una de sus esposas, m e t e después apresuradamente en una arqueta sus joyas y se rodea a la cintura un ceñidor riquísimo de larga y trágica historia. Está cuajado de aljófar, de diamantes, de zafiros, de esmeraldas, de rubíes que brillan con inusitado fulgor. Es el ceñidor de Zobeida, esposa de Harun el Raschid, el Sultán de las "Mil y una noches". A través de mil incidentes ha llegado a poder del último Dzenonita. ¿Pero acaso no trae desgracia su posesión? Alca-dir ciñe la riquísima presea a su cuerpo, decidido a salvarse o a morir con ella.

IV

Por primera vez va a triunfar una decisión de Alca-dir. Alca-dir morirá en un escondrijo, oscuramente asesinado por un emisario de Ben Yehaf, el cadí. Su cabeza irá a parar a una alberca; su cuerpo, cubierto con una estera rota, a un lugar destinado a enterrar a los camellos; sus preciadas joyas, a poder de Ben Yehaf... En tanto, la gigantesca sombra del Cid se proyecta sobre Valencia...

V

Y el sitio comienza. El Cid toma, fortifica y engrandece a Yuballa que, avanzada frente a Valencia, daba a entender que jamás desistiría el Campeador del asedio de la ciudad, cuyos alrededores asola y cuyos arrabales combate y ocupa. Y Valencia capitula. Mas como los valencianos esperan ayuda de los almorávides, el Cid les concede una tregua de treinta días para que los socorran; así, nadie podrá decir, si el Cid vence, que su victoria se debe a una circunstancia favorable.

Pasaba el mes de agosto, el de septiembre después, y el de octubre, y aunque los almorávides no aparecían, el partido anticidiano no perdía las esperanzas. A través de los meses, los moros valencianos siguieron soñando con la llegada de sus correligionarios de allende el Estrecho. Vi-



Monumento al Cid en San Diego, California

gilaban continuamente el horizonte, y si algunas veces su deseo les hacía ver las colinas nevadas de turbantes, pronto desistían de su espejismo, desanimados, para volver a caer un minuto más tarde en la esperanza. ¡Y poco después que los valencianos, en este estado indeciso de ánimo, se arriesgan, no obstante la capitulación, a cerrar las puertas al Cid, les llegan noticias de que el ejército almorávide avanza en realidad sobre Valencia!...

Rodrigo reflexiona ante el peligro próximo y prepara su propia defensa. Hace derribar los puentes e inunda la huerta para dificultar el paso al enemigo. Los africanos en tanto van cubriendo rápidamente las etapas que les separa de Valencia. Ya vienen por Játiva; ya han ocupado Alcira... Mientras el castellano los espera con gesto

preocupado, desbórdase el júbilo del partido almorávide.

Suben a la muralla las turbas; las gentes ocupan los lugares más altos para ver llegar a los africanos, y cuando al caer la noche ven realmente brillar infinitas hogueras encendidas en los Almuzafes, comprueban que el ejército de socorro está sólo a tres leguas de distancia. Aquello no es espejismo ya; las hogueras, tan numerosas como las estrellas, anuncian para muy pronto la batalla... Pero las nubes avanzan a compás de las horas. Un viento de tormenta agita locamente las tapias de fuego antes de que la lluvia torrencial las apague.

Al amanecer, los vigías comprueban que el ejército, tan esperado, se ha disuelto inexplicablemente en el diluvio nocturno.

VI

Valencia del Cid, a través de unos meses de hambre y de horror, va a sentir más palpablemente que lugar alguno el drama de la Reconquista de España.

Mientras unos hispanomusulmanes no odian, antes aceptan con alegría el justo yugo del Cid, que tiene de común con ellos su calidad de español; otros, españoles también, pero islamizados intransigentes, ponen por encima de todo su idea, y prefieren la invasión del extranjero, del africano, al dominio español que les amaga.

Sobre unos y sobre otros el Cid, encarnación de la idea hispánica, eleva su figura gigantesca, desafiando las distancias y los siglos.